

Lombo, J. Á. y Giménez Amaya, J. M. 2024.
Antropología de la acción: La vida humana como
unidad dinámica. Pamplona: EUNSA Colección
Astrolabio, pp. 223.

FRANCISCO FERNÁNDEZ LABASTIDA
Pontificia Universidad de la Santa Cruz, Italia
ffernandez@pusc.it¹

Hace ya más de diez años, José Ángel Lombo –filósofo y profesor titular de Antropología y Ética en la Universidad Pontificia de la Santa Cruz (Roma)– y José Manuel Giménez Amaya –médico, neurocientífico y filósofo, profesor ordinario de Ciencia, Razón y Fe de la Universidad de Navarra (España)– iniciaron una fructífera colaboración interdisciplinaria. Además de la obra que ahora estamos reseñando, hasta el momento ésta se ha expresado en otros dos estudios monográficos –*La unidad de la persona: aproximación interdisciplinaria desde la filosofía y la neurociencia* (2013) y *Biología y racionalidad: El carácter distintivo del cuerpo humano* (2016) – y en la publicación de diversos artículos en revistas especializadas y colaboraciones en obras colectivas.

Como los autores señalan en la *Nota preliminar*, el motor que ha alimentado su proyecto de colaboración interdisciplinaria ha sido el interés compartido por llegar a una comprensión unitaria de la persona humana, en la que convergen la visión filosófico-sapiencial de la tradición aristotélico-tomista con la perspectiva empírico-científica de la biología y la neurociencia contemporánea. En el primero de los estudios arriba citados, el foco fue puesto en la integración del conocimiento –sobre todo, de sus aspectos sensibles– y la afectividad humana en la unidad psicobiológica de la persona. El segundo, en cambio, se concentró en la elucidación de la constitución ontológica

¹ ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-4747-9608>

Recepción del original: 01/01/2025
Aceptación definitiva: 08/01/2025



This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 4.0 International License.

de la persona como ser racional corpóreo teniendo en cuenta la perspectiva biológica: tanto el desarrollo de su particular psicología y estructura cerebral como los rasgos distintivos de la corporalidad humana (bipedación, las manos como “instrumento de instrumentos” –Aristóteles–, la expresividad y simbolismo del rostro, y la comunicación lingüística). La profundización en la *acción* como modo peculiar del obrar humano, que lo distingue esencialmente del resto del reino animal, y en la cual el ser humano se constituye como tal, es, en cambio, el objeto de esta última publicación. En efecto, no obstante los prometedores resultados obtenidos hasta aquel momento, veían necesario continuar la investigación con un nuevo enfoque para poder llegar a la deseada visión integradora de lo humano. “Se planteaba, por tanto, la necesidad de estudiar el ser humano como una unidad dinámica, esto es, como un ser que obra y se hace en su obrar”². Así lo expresan al final de la *Introducción*:

En el desarrollo global de nuestro proyecto, quedaba pendiente poner la acción humana en el contexto de la vida considerada como una realidad unitaria. El presente trabajo extiende, por ello, nuestras propuestas anteriores. En efecto, el estudio de la constitución psicobiológica de la persona y su aspecto distintivo respecto a los animales nos ha conducido a un enfoque de la unidad dinámica del ser humano, que permite descubrir cómo ésta se va construyendo y recomponiendo a lo largo del tiempo. En definitiva, este nuevo trabajo pretende enfocar la acción humana desde una visión sistémica. Ello implica una apertura a algunos aspectos de la biología y de la racionalidad que no habíamos tratado tan ampliamente hasta el momento, pero que dan una perspectiva unitaria al análisis del obrar humano³.

Efectivamente, la doble aproximación filosófico-sapiencial y científico-em-pírica que ha inspirado sus investigaciones se mantiene en esta nueva entrega, adquiriendo una mirada más amplia.

La obra está estructurada en cuatro capítulos. El primero establece el marco del estudio, colocando la acción y la unidad del ser humano en el contexto general en el que se da la unidad estática y dinámica del viviente: la búsqueda del equilibrio en un mundo en constante movimiento y cambio, que amenaza el orden y la organización del ser vivo. Allí se distingue lo específico humano sin separarlo de lo biológico común, evidenciando el hecho de que tanto la ecología natural como la humana se basan en el mantenimiento dinámico de la unidad del viviente por medio de la continua construcción y reconstrucción del orden y equilibrio vitales (*homeostasis*). En el segundo

²Lombo, J. Á. y J.M. Giménez Amaya. *Antropología de la acción: La vida hu-mana como unidad dinámica* (Pamplona: EUNSA Colección Astrolabio, 2024), 18.

³ Lombo y Giménez, *Antropología de la acción*, 28-29.

capítulo se afronta desde un enfoque sincrónico el modo específico como se configura la unidad dinámica del viviente humano. En esas páginas nuestros autores analizan la articulación de la relación del individuo con el ambiente que lo rodea a través de la interacción entre el dinamismo atencional, la memoria y las rutinas y hábitos. Estos procesos implican la apertura sensorial a diversos niveles de consciencia, la selección de los estímulos y percepciones que producen la experiencia, la actividad de la memoria que atesora las experiencias vividas, permitiendo la integración del conocimiento en la acción y la posterior generación de las rutinas y hábitos que permiten al ser humano mantener el equilibrio homeostático y alcanzar una identidad unitaria. Aunque Lombo y Giménez Amaya analizan estos dinamismos tal y como se dan en el ser humano, también exponen en modo claro las semejanzas y diferencias que se dan entre el ser humano y el resto de los animales. Sin embargo, pienso que en este punto su argumentación se habría beneficiado de las intuiciones de Helmuth Plessner a este respecto en su conocida obra *Los grados de lo orgánico y el hombre*.

El tercer capítulo está dedicado a la unidad e identidad del viviente humano en el tiempo, analizando la acción humana desde un enfoque diacrónico: el mantenimiento de la homeostasis a lo largo de los distintos ciclos vitales y fases de la vida, la plenitud vital, la salud y la enfermedad, etc. En el cuarto y último capítulo se completa la configuración de la unidad e identidad del ser humano con la integración de llamada “segunda naturaleza” (la cultura y la tecnología), en la que se manifiesta una vez más de modo evidente la constitución del ser humano a través de su hacerse. La obra de Alasdair MacIntyre ha sido una fuente de inspiración de nuestros autores, no sólo confesada sino también abundantemente citada, especialmente su ensayo *Animales racionales dependientes*, que subraya la vulnerabilidad y dependencia del ser humano relativizando su autonomía, no solo en etapas concretas como la infancia o la vejez, sino de modo constitutivo, haciendo imaginable alcanzar la realización y perfeccionamiento de su ser al margen de la sociedad y la cultura.

La decisión de nuestros autores de afrontar el estudio de la constitución del ser humano desde una perspectiva aristotélico-tomista no es un hecho indiferente para la consecución del objetivo que se han propuesto. En el libro I de la *Política*, Aristóteles define al hombre (ἄνθρωπος, con el sentido de ser humano en general) como el único de los animales que posee *lógos* (“λόγον δὲ μόνον ἄνθρωπος ἔχει τῶν ζώων”, 1253a 10-11). La idea griega de *lógos* es de una gran riqueza semántica: significa no sólo lenguaje o palabra, sino también medida, razón, orden y ley. Desarrollando esta intuición aristotélica, la tradición peripatética que se extiende hasta la escolástica medieval ha dado origen a la definición del ser humano como *animal rationale*. Ahora bien, la definición aristotélica articulada de este modo (género más diferencia

específica) no es de naturaleza ontológico-metafísica, sino más bien lógica. Ella no implica que el ser humano sea un compuesto de animalidad y racionalidad, sino que enuncia simplemente que la especie humana pertenece al género animal, y que ésta se diferencia del resto de los seres vivos con los que comparte este género por el hecho de ser racional. O lo que es lo mismo: su animalidad es una animalidad cualificada: racional. Todo su modo de ser auténticamente animal es a su vez caracterizado por la racionalidad. La perspectiva aristotélico-tomista comporta a nivel ontológico una radical unidad del ser de la persona.

Por el contrario, si lo concebimos como un compuesto de alma y cuerpo, al final lo entendemos quizás como un ser racional animalizado, en línea con la comprensión platónica del ser humano. Si seguimos por esa vía, somos conducidos a una concepción dualista del ser humano, que opone o yuxtapone la mente al cuerpo, o el espíritu a la materia. Sin duda, esta última aproximación permite afrontar de modo más claro y distinto los diversos aspectos de la realidad humana, pero resulta al final reductiva, y no es capaz de explicar la integración del ser humano con el resto de la naturaleza. En cambio, la primera resalta la unidad del ser de la persona y el hecho de ser un elemento más del mundo, pero enfrenta mayores dificultades para explicar cómo se realiza la integración de las facetas animal y racional en el concreto vivir y actuar del ser humano.

Lombo y Giménez Amaya conciben la relación del individuo humano con la realidad que lo circunda de manera bidireccional. Por una parte, éste sale de sí hacia las cosas (*exitus*), desplegando su actividad en el mundo movido por intereses prácticos, que no se reducen a la mera obtención de los medios necesarios para la supervivencia personal o colectiva, sino que el fruto de su actividad conlleva una vuelta a sí conservando la relación con las cosas (*reditus*). Esto último implica un crecimiento y consolidación de la persona tanto en ámbito externo (biológico) como interno (psíquico y espiritual). Por otra parte, el ser humano –como el resto de los animales– se desarrolla partiendo de una constitución psicobiológica determinada genéticamente, en constante interacción con el ambiente circundante. Sin embargo, a diferencia del resto de los animales, la constitución de su ser por medio de su actuar no sigue pautas rígidas de carácter instintivo. La capacidad de generalizar el conocimiento de la realidad a partir de experiencias concretas y de apropiárselo en modo reflexivo, interiorizándolo, unida a una orientación flexible y no determinista de sus tendencias emotivas y volitivas que expresan el carácter racional y libre de la persona, hacen que ésta no despliegue simplemente su actividad en el mundo, sino que se constituya a sí mismo determinando su ser por medio de su actuar. En efecto, el individuo humano constituye su identidad personal a partir de lo que vive, que conserva en la memoria como

experiencia pasada, creando hábitos que le permiten actuar más eficazmente, en un intercambio constante no sólo con el medio ambiente natural, sino también en relación con otros individuos de su misma especie. Así, “el ser humano integra y conserva su experiencia en un conjunto de valores y contenidos universales, constituyendo una unidad biográfica que distingue al individuo en sí mismo y en su relación con otros sujetos”⁴. La identidad personal se configura de esta manera gradualmente con el pasar del tiempo en el seno de la tradición cultural en la que ha nacido o se ha desarrollado, a través de la experiencia acumulada y conservada de los individuos que componen las distintas sociedades humanas.

Al momento de realizar el análisis de la acción resulta clave el uso que hacen nuestros autores de los conceptos aristotélicos de *praxis* y *póiesis*. En efecto, el salir de sí (*exitus*), implicado en el despliegue del obrar humano en y hacia las cosas, se puede ver como un simple producir algo distinto del agente que obra (*póiesis*), guiado por un saber técnico (*techné*), o bien considerar el obrar mismo que modifica al agente cuando, guiado por la prudencia (*phrónesis*), su objetivo es la actividad misma (*praxis*). En este caso, podemos decir que hay una circularidad en el obrar, que procede del sujeto y retorna a él como ganancia y desarrollo (*reditus*). La articulación conceptual *praxis-póiesis* y *exitus-reditus* es aplicada en modo analógico por Lombo y Giménez Amaya a la explicación tanto al desarrollo psicobiológico como moral de la persona humana.

Un tercer elemento imprescindible para llevar a cabo esta operación es la recuperación del dinamismo teleológico del mundo físico. Como bien se sabe, para Aristóteles los procesos físicos de variación y cambio –también los que implican al ser viviente– no tienen en general un carácter caótico, sino que están orientados a un fin (*télos*): el perfeccionamiento de la naturaleza de los seres que componen el mundo. En el caso concreto del ser humano, la realización u obtención de su fin natural es el motor último de la acción: tanto de la peculiar atención que caracteriza *hic et nunc* su obrar consciente, como de la generación de las capacidades o disposiciones estables que produce su actividad para llevar libremente a plenitud su propio ser por medio del obrar, en constante interacción con el ambiente circunstante y los demás individuos que componen la sociedad. Y así,

la unidad humana aparece como una realidad dinámica, que va constituyéndose progresivamente a través de la acción. Sin embargo, hemos señalado que esta unidad no se configura de una manera independiente o aislada en cada individuo, sino en relación con los otros seres racionales y con el ambiente. En efecto, la acción humana no tiene el carácter de un movimiento

⁴ Lombo y Giménez, *Antropología de la acción*, 133.

mecánico ni de un dinamismo necesario, sino natural y libre. Esto significa que el ser humano está orientado a un fin propio y específico, pero debe construir por sí mismo los medios para alcanzarlo. Esa disposición de los medios, por tanto, está determinada por nuestra propia naturaleza, pero, al mismo tiempo, requiere ser configurada por nuestra acción⁵.

Es importante hacer notar el constante esfuerzo de Lombo y Giménez Amaya por no confundir los planos filosófico y científico al momento de mirar a la realidad del ser humano. Se nota un gran cuidado para no extrapolar los resultados de la biología y la neurociencia, o forzar esquemas filosóficos al momento de interpretarlos. Por otra parte, la presente investigación integra en sus análisis antropológicos –realizados, como ya hemos dicho, desde la perspectiva aristotélico-tomista– intuiciones de filósofos pertenecientes a otras corrientes del pensamiento contemporáneo, entre otros, William James, Henri Bergson, Max Scheler, Martin Heidegger, Arnold Gehlen y Leonardo Polo. El producto final –con el que se puede estar más o menos de acuerdo–, lejos de ser un *collage*, resulta lógico y coherente.

Un tema interesante y difícil, que no ha sido abordado en estas páginas, es la realidad de la acción no sólo defectuosa o equivocada –manifestación de la finitud humana–, sino moralmente *mala*. La presencia del mal moral, que tocamos todos en nuestras vidas, es uno de los misterios que atormentan desde antiguo a la razón humana. Un testimonio literario célebre de esta conciencia es la conocida frase de Ovidio en sus *Metamorfosis*, puesta en boca de Medea, que por amor al héroe Jasón falta a sus deberes respecto a su padre y a su patria: “veo lo mejor y lo apruebo, pero voy detrás de lo peor” (*video meliora proboque, deteriora sequor*, VII, 20-21).

Me parece que el gran desafío que presenta la comprensión del mal moral desde una mirada integradora como la de Lombo y Giménez Amaya es que no puede ser afrontada con éxito, pues la integración del mal significaría su naturalización. En efecto, resultaría contradictorio integrar en el ser de la persona, como algo que le pertenece, lo que es percibido como algo que no debería ser. Pensando en la prosecución de sus investigaciones, la exploración antropológica realizada por Paul Ricoeur en los años cincuenta y sesenta del siglo pasado, expresada –con sus luces y sombras– sobre todo en los tres volúmenes de la *Filosofía de la voluntad* (1950-1960), quizás podría ser una fuente de inspiración para nuestros autores a este respecto.

En el breve epílogo que cierra la *Antropología de la acción*, Lombo y Giménez Amaya se plantean nuevos interrogantes y perspectivas en vista de la continuación su proyecto:

⁵ Lombo y Giménez, *Antropología de la acción*, 179.

Lombo, J. Á. y Giménez Amaya, J. M. 2024. *Antropología de la acción: La vida humana como unidad dinámica*. Pamplona: EUNSA Colección Astrolabio, pp. 223.

Al final de estas páginas, nos planteamos también el reto de cómo continuar el desarrollo de la antropología desde esta comprensión unitaria y dinámica. Un reto posible, con implicaciones teóricas y prácticas, es proseguir en la línea de la formación integral del ser humano. En este campo, nos parece importante profundizar en el papel de los hábitos, su relevancia en la configuración de los vínculos humanos y su función respecto al uso de instrumentos tecnológicos. Entre otros muchos ámbitos de estudio, es innegable el amplio alcance de las relaciones entre la antropología y la pedagogía⁶.

El desafío está allí delante. No será una tarea fácil, pues el ámbito de su investigación nuevamente se ensancha. Esperemos que sus deseos y sus esfuerzos se vean coronados con el éxito.

⁶ Lombo y Giménez, *Antropología de la acción*, 210.